

BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD BASCONGADA

DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XXXIV

CUADERNOS 3.º y 4.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO — San Sebastián

El canónigo don Pierre Narbaitz

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

Entre las personas que habitualmente tienen entregada su vida a la actividad mental, las hay de dos categorías bastante diferenciadas. De una parte, se hallan los especialistas, dotados de una excepcional capacidad de análisis y observación, orientada en un sentido determinado, para luego adquirir una serie de nociones inéditas que servirán de plataforma para ulteriores progresos. Nada se exagera, por tanto, al decir que, gracias a la especialización, ha avanzado la ciencia en sus más diversas facetas.

Pero cabe también reconocer que, sin verse obligados a ajustarse a una sola y única disciplina, existen otros intelectuales, de espíritu inquieto y abierto, que saben proporcionarnos estudios que responden a ciertos temas de auténtico interés y, gracias a sus trabajos bien hechos, nos instruyen y deleitan. No se trata de simples ensayistas, si por ensayo se entiende «improvisación», sino de mentes dotadas de «esprit de finesse», capaces de penetrar en los hechos estableciendo aproximaciones de alto valor instructivo.

En nuestro ambiente de hoy, cabe señalar como investigador a ultranza, a don José Miguel de Barandiarán, maestro consumado en prehistoria y etnografía vascas. En cuanto a ejemplos valiosos de testigos de la cultura vasca en sus diversas modalidades, sin desdeñar otros nombres prestigiosos, es de justicia destacar a don Manuel de

Lecuona y a don Julio Caro Baroja, autores de trabajos de muy variada índole, todos ellos del máximo interés.

Allende el Bidasoa, también comprobamos la feliz existencia de personalidades que encarnan la doble orientación mental que hemos señalado. Si del canónigo don Pierre Lafitte puede y debe decirse que, gracias a una vida de trabajo tenaz, ha alcanzado metas sobresalientes en el terreno de la lingüística éuskara, de otro admirado amigo, don Pierre Narbaitz, nos corresponde afirmar que en las obras que viene publicando, en los dos idiomas, vasco y francés, consigue aleccionarnos no sin cierta dosis de humor de muy buen tono.

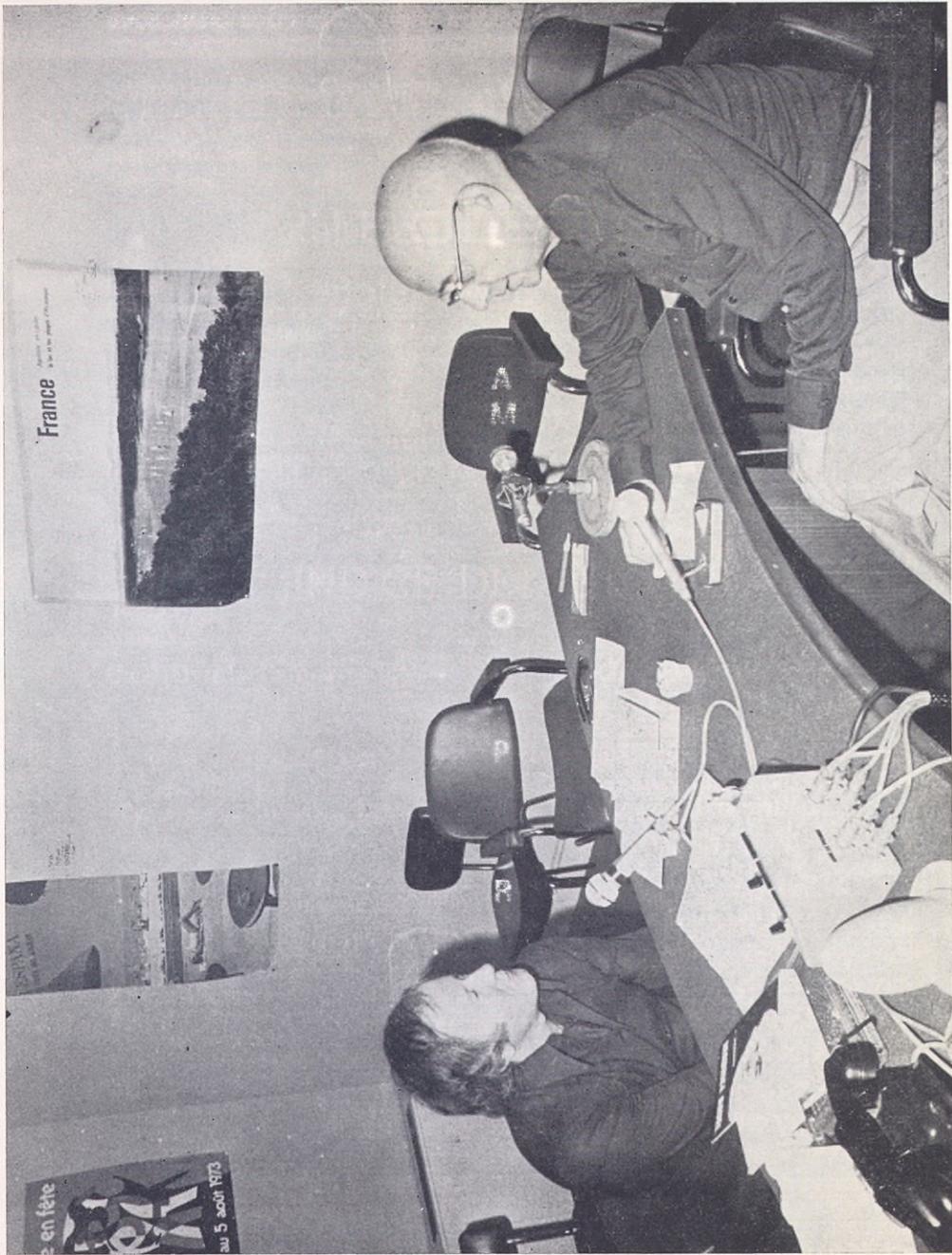
De Azcarat a Bayona

Nace Pierre Narbaitz el 25 de marzo de 1910 en la localidad de Azcarat (Azkarate) en las proximidades de la bella capital de la Sexta Merindad, Donibane Garazi — San Juan de Pie de Puerto. Se trata de una zona lindante con el espléndido valle de Baigorri, cuyos viñedos producen los buenos crudos de Irulegui.

El ambiente campestre de Azcarat no puede ser más ameno y risueño, ya que unos prados que constituyen una amplia landa, con hierbales ubérrimos, se ven cercados por montañas de mediana altura, en cuyas laderas se destacan, con su verdor bien coloreado, las arboledas más típicas y robustas del país. Evidentemente, nos hallamos ante uno de los parajes más bellos del Pirineo Vasco, nuestra Euskalerría, ya que a los encantos del paisaje hay que añadir la pulcritud de las viviendas rurales, tan bien cuidadas y remozadas que han conseguido convertir las localidades de la Baja Navarra en otras tantas «ciudades-jardines». Si a ello se añade la particularidad de que en cada casa se destaca ese aposento clásico, medio cocina, medio cuarto de estar, con su gran chimenea, su hermoso reloj pendular, sus estantes dispuestos para sostener variados objetos de cobre, a cual más reluciente, sin que falten los «ferratak», ni el «zizailu», amplio asiento con respaldo, colocado a un lado de la chimenea, se comprende y justifica el proverbio vasco: «nun dan nere txoko, or da nere goxo».

La casa nativa de los Narbaitz lleva el nombre de *Intxauspia*, y es una hermana del canónigo quien la perpetúa, como *etxeoandre* y madre de una lucida familia.

En edad temprana el joven Pierre, único varón entre cuatro vástagos, inició sus estudios en el colegio de Belloc, para, después del bachillerato, proseguir los cursos de filosofía y teología en el Semina-



Dialogando una hora con Jacques Chancel en la edición cotidiana «Radioscopie» de Radio France, sobre sus libros «Le Matin Basque» y «Ravel». (Agosto 1976). (Fotografía de Eusko Press).

rio Mayor de Bayona. Habiendo sido ordenado de sacerdote a los veinticuatro años, le correspondió ir a la Universidad de Toulouse, donde se graduó en letras y filosofía, a la vez que seguía las clases de historia medieval. Entre los que fueron profesores recuerda a Wladimir Jankélévitch, quien hubo de ocupar luego una cátedra en la Sorbona, y a J. Calmette, autor de una magna historia de la época carolingia.

Suele decir el canónigo Narbaitz que los tres años transcurridos en la capital del Languedoc le marcaron beneficiosamente para todo su porvenir, abriéndole a las realidades de la vida con ese optimismo risueño, muy propio de los aquitanos, parientes lejanos de los éuskaros.

Ya una vez instalado en Bayona, le corresponden al licenciado Narbaitz tareas que exigen de él intensa y variada actividad. Profesor de filosofía y de liturgia, debe redactar cada semana en el Boletín diocesano páginas dedicadas a la biografía de los sacerdotes difuntos; preside las obras diocesanas de Acción Católica; dirige el mensual «Etchea» con una tirada de más de diez mil ejemplares; publica un misal en euskera, así como una recopilación de cantos para jóvenes con el título «Xaramale»; sin que falte tampoco un ameno «Egunkari», calendario con un texto euskérico para cada día. A los niños les obsequia con un «Ixtorio Ederrena», una vida de Jesús en bandas dibujadas.

Las peregrinaciones que organiza a Lourdes se efectúan fuera de lo común. Y es que teniendo muy en cuenta las facultades musicales del pueblo vasco y el nutrido repertorio de canciones sacras que se entonan en nuestras iglesias rurales, los peregrinos vascos, constituidos sobre todo por hombres, desfilan cantando desde la iglesia parroquial hasta la gruta de la Virgen, donde a medianoche se oficia una misa solemne en la que todo el público canta con el máximo fervor, como suele hacerse en las parroquias de Laburdi, Baja Navarra y Zuberoa, sin excluir el Centenario de las apariciones de la Virgen de Lourdes.

Como se ve, el apostolado del presbítero Narbaitz ofrece aspectos que requieren un temperamento dinámico y en momento alguno desvinculado de la religiosidad tradicional del pueblo euskaldun¹.

Kattalinen gogoetak

Sin duda, al recordar a su madre y conocedor de lo que representa una buena «etxeoandre» en el ambiente familiar vasco, se decidió

Narbaitz a redactar el libro cuyo título es *Kattalinen Gogoetak*; es decir, los pensamientos, ocurrencias y cuanto se da en los quehaceres diarios de una persona que como esposa, madre, vecina y feligresa, se mueve y actúa sin remilgos de ningún género.

Esa obra fue vertida al euskera guipuzcoano y nadie duda de que la buena dosis de psicología que encierra hace de la protagonista un personaje que merece toda la simpatía del lector. Se trata de un ensayo costumbrista cien por cien, pero redactado por quien no pretende darnos una lección de folklore académico, sino unas páginas festivas para recreo de nuestra mente. Todo tiende en ese libro a simpatizar con *Kattalin* y el ambiente que le rodea, en esas zonas de la Baja Navarra, donde se mantiene a lo vivo una de las maneras de ser del pueblo vasco, con características bien marcadas. De *Kattalin* puede decirse que es ya un personaje típico de la literatura vasca, al igual que el *Joanes Artzaya*, de *Garoa*, de don Domingo Aguirre².

San Frances Yatsukoa

El segundo libro de Narbaitz va dedicado a la vida del gran santo navarro, de la Alta y la Baja Navarra, ya que en su estirpe se juntan ambas. Si se destaca el apellido de su padre Yoan de Yatsu, no es por espíritu de reivindicación, sino simplemente porque, siendo estudiante en París, Javier se nombraba a sí mismo Francisco de Yatsu. Ello se explica, no sólo porque le parecía lógico utilizar el apelativo del linaje paterno, sino también por la posición encumbrada que su progenitor había ocupado en el reino de Navarra y el prestigio que esto le procuraba durante su residencia universitaria en la capital de Francia. Si más tarde optó por el de Javier, fue porque, entregado a tareas misioneras en el marco de los pueblos ibéricos, le resultaba más apto e indicado tal nombre, toda vez que el antiguo reino de Navarra fue incorporado al de Castilla.

El trabajo dedicado a Javier está redactado en euskera y en francés: la mitad de cada página lleva un texto euskérico y la otra mitad su versión francesa correspondiente, siendo ésta una traducción casi literal para facilitar lo más posible la lectura del texto escrito en vascuence.

Con ello se persigue una finalidad didáctica, no sólo a favor de quienes tratan de adentrarse en el conocimiento del euskera, sino también de quienes, hablando correctamente nuestra lengua, no han adquirido el hábito de leerla, cosa, por desgracia, no muy rara en el ambiente euskaldun.

El euskera utilizado por Narbaitz es el de la Baja Navarra, que es el que se habla también en zonas de Luzaide, Orria y Espinal y fue utilizado por escritores tan destacados como Larreko, Menezandi y hoy también por los Irigaray, padre e hijo, el académico y su vástago más joven José Angel.

La lectura del texto euskérico de Narbaitz, carente de localismos excesivos, no ofrece dificultad para quien no ha limitado sus hábitos de lector a uno solo de los dialectos vascos. Si se da el caso de que resulta mucho más fácil y cómodo seguir el significado del texto de Axular, que el de la mayoría de los «euskaldun berris» de hoy, es precisamente porque lo que proporciona fluidez y fácil captación a cualquier idioma, es que esté redactado por quienes piensan en él. En el caso contrario, se trata, que lo queramos o no, de una «traducción», haciendo áspera la lectura. Y si a ello se añade la intromisión más que inadecuada de la *h*, puede decirse que la literatura vasca actual, del tipo «mordollo», está llamada a tener cada vez menos lectores —de los pocos que ya existen— y pasará a la historia de nuestro pueblo como un fallo más, de los no pocos que ha tenido en otros órdenes...

La unificación literaria del euskera, en opinión de Narbaitz, sólo podrá ser el efecto de quienes conocen muy de cerca los diversos dialectos vascos y se hallan en disposición de entresacar de cada uno de ellos la esencia que poseen. Conocemos sacerdotes de la Alta Navarra que, habiendo ejercido su apostolado en zonas como Luzaide y habiendo alcanzado un conocimiento exacto del *baxenabar*, utilizan luego los dos dialectos bien combinados en su predicación y escritos, sin que ello contribuya a dificultar lo que pretenden expresar. Si a ello se añade el gran parentesco que ofrece el Alto Navarro con el Laburdino y el Guipuzcoano y la posibilidad de no dejar al margen un Vizcaíno ya bien seleccionado por don Domingo Aguirre, puede admitirse perfectamente que, con ese bagaje lingüístico, exista la posibilidad de llegar paulatinamente a establecer un euskera literario de fina contextura³.

Le Matin Basque

A una inteligencia tan abierta como la de Narbaitz resultaba inevitable que llegara a interesarle muy directamente cuanto en nuestro país y fuera de él se viene elaborando en el terreno etnográfico, histórico y lingüístico acerca del problema vasco. Así, después de varios años de pacientes y constantes estudios, dio a la estampa una

obra voluminosa con el título de *Le Matin Basque* y el subtítulo de *L'Histoire ancienne du peuple basque*.

Se trata de un trabajo magistral en el sentido más exacto de la palabra; es decir, la de un «magister» que enseña mucho después de haber aprendido otro tanto a través de una labor de investigación tenaz y ejemplar. Creemos, sinceramente, que ese estudio enjundioso habrá de servir de texto básico en todo centro docente del País Vasco, destinado a adquirir una auténtica cultura sobre las características y vicisitudes de nuestro pueblo, desde la protohistoria hasta la implantación del cristianismo.

Ese estudio de Narbaitz es todo menos que literario, si por literatura se entiende cierto «laissez aller» que se contenta con llenar páginas para decir poca cosa. Se trata de un libro denso, y cuanto encierra, desde los orígenes aquitanos, pirenaicos y esteparios (La Meseta), hasta los primeros siglos de la Edad Media (luchas con los visigodos y los francos), está tratado con la máxima rigurosidad; es decir, siguiendo muy de cerca, con la documentación precisa, lo que sobre cada cuestión pudieron decir los más destacados investigadores, autóctonos y extranjeros, dejando siempre la posibilidad de que cada afirmación no resulte apodíctica, sino susceptible de ulteriores puntualizaciones.

Personalmente me place reconocer que la lectura muy detenida del *Matin Basque*, me ha producido la impresión de que el gran trabajo de síntesis que implica constituye la base fundamental para adentrarse en el edificio misterioso del pueblo vasco. El misterio, en cuanto a sus orígenes, persiste, pero ciertas peculiaridades étnicas con sus consecuentes contingencias históricas, son trazadas con mano experta por quien sabe dar la importancia merecida al documento o testimonio necesario para esclarecer, en la medida de lo posible, cada una de las cuestiones debatidas.

Dice Narbaitz que la lucha de los vascos frente a la penetración céltica fue más tenaz que la que sostuvieron ante las huestes de Roma. He aquí sus propias palabras al respecto: Acerca de las invasiones indoeuropeas, principalmente célticas, que hubieron de darse a lo largo del último milenio antes de nuestra era, por muy provechosas que pudieran resultar bajo ciertos aspectos, creo que la resistencia fue tenaz e incluso mejor concertada de lo que podría imaginarse. En testimonio de ello poseemos las posiciones defensivas de Sos del Rey Católico (en una región particularmente celtizada), así como fuertes trabajos de protección construidos en poblados autóct-

tonos, como los de Inchur, en Guipúzcoa, y Navarniz, cerca de la costa vizcaína...

En cuanto a la conquista romana en el País Vasco, cosa que no se puede negar «à long terme», no fue tan cruenta como pudieron proclamar ciertos cantores de las Guerras Cantábricas. Fuera del inmenso territorio de las gentes que hablaban dialectos «vascoïdes», a las cuales arrastró una tormenta que duró dos siglos de luchas (de 218 a -19), la *Pax Romana* se afianzó en el actual País Vasco anteriormente al Imperio. Una incursión militar de Sertorio en el *Ager vasconum* que Tito Livio sitúa al Sur de Calahorra y una conquista de Aquitania realizada por Craso en -56 (con dos batallas relámpago cerca de Condom y Tartas): hé aquí los enfrentamientos vasco-romanos, admitiendo que tuvieran por escenario territorios que habían dejado de ser vascos.

Ya refiriéndose a las huestes de los Visigodos y de los Francos, la resistencia de nuestros guerrilleros fue muchos más tenaz: Se trataba, sin duda, del enfrentamiento de un pueblo de pastores ante invasiones bárbaras, pero también, acaso, de un cierto reconocimiento póstumo hacia un Imperio (el romano), el cual, a pesar de su avidez extrema (su principal pecado...), no le condujo a una dictadura despiadadamente militar. Vivir era posible bajo el Imperio, cosa que resultaba imposible con los merovingios, los visigodos y los carolingios. Hay que reconocer que, después de la conversión de Dagoberto y Recaredo, la pasión centralista se presentaba fuertemente atizada por los nuevos potentados. Y ello tampoco favoreció la conversión de los vascos, los cuales continuaron en el paganismo, aun después de la penetración de la nueva religión en ciertas zonas navarras y aquitanas.

En cuanto a la presencia musulmana, es cierto que pudo haber agravado la situación, pero en cierto modo se evitó la estrangulación de nuestro país: Hubo enfrentamientos y luchas y la hora de la Reconquista tenía que llegar. Pero no puede negarse que el desembarco de 711 liberó a los vascos del peligro mortal de los bárbaros y, debido a que ciertos jefes éuskaros pudieron negociar con los moros de Tudela, e incluso de Córdoba, uno de ellos consiguió acceder al trono, inaugurando el reino de Pamplona, antes de que lo fuera de Navarra⁴.

El Reino de Navarra

La obra publicada por Narbaitz en 1976 se titula *Nabarra ou quand les Basques avaient des Rois*. Trabajo denso y minucioso, desde los orígenes de una institución que nació parcialmente de cierta alianza

vasco-musulmana, reino que en sus orígenes estaba reducido a unos valles pirenaicos en los confines de Aragón. Mucho antes que el reino de Navarra surgió el de Pamplona, cuyas fronteras aumentarían o disminuirían según las dinastías y las épocas, alcanzando, en ciertos momentos culminantes, Toulouse, Barcelona, León y Zamora.

La historia del reino de Navarra abarcó nada menos que siete siglos, a partir de varias derrotas que hubieron de sufrir los francos, después de las cuales pudo esbozarse un comienzo de organización territorial.

Seguir las múltiples vicisitudes desde el año 824 en que Iñigo Arista fue alzado caudillo del nuevo reino de Iruñe, hasta la expansión adquirida por Sancho el Mayor, con la decadencia consecuente bajo las casas francesas de Evreux, Champagne y Albret, presenta un dramático interés. Lo cual implica, a la vez, cierto resentimiento cuando se considera el papel atroz que desempeñaron las facciones de los «beaumonteses» y «agramonteses», descendientes de linajes espúreos de los monarcas. En sus pugnas cruentas, al igual que en las de los Parientes Mayores, un solo fin perseguían: adueñarse al máximo de tierras ajenas, sin excluir poblados, como pudieron hacerlo los más fieros conquistadores.

Y ya cuando se dio el duelo atroz entre el Príncipe de Viana y su padre, sin excluir su madrastra, resultó evidente que la institución monárquica se había convertido en un cadáver que necesariamente había de caer en manos extrañas.

Resulta inevitable reconocer que nunca Navarra conoció una era de paz semejante a la que tuvo durante los virreinos. Además de conservar sus fueros tradicionales, tuvo, más que gobernantes, árbitros que entendían que lo que debe prevalecer es la ecuanimidad en bien del pueblo, al margen y en contra de ciertas ambiciones que deben ser fuertemente controladas.

Narbaitz hace obra de historiador y no de político. Expone los hechos como fueron y no como hubieran podido ser. Nada disimula de cuantas lacras sociales resultaban inevitables en un ambiente feudal, con un desenfreno de enfrentamientos y de acaparamientos. Como buen navarro, añora momentos en que la monarquía adquirió brillante apogeo, pero tampoco desdeña el detallar hechos tan condenables como el crimen de Peñalén y otros de no menor cuantía.

¿Quién se atrevería a afirmar que el Reino de Navarra hubiera podido ser la institución básica para aglutinar a todo el pueblo vasco,

como en un momento dado, en el orden militar, parecía haber alcanzado ese objetivo? Pero si es cierto que de no sólo pan vive el hombre, también es muy cierto que ante todo para vivir se requiere pan y otros medios de subsistencia. Y en el terreno económico y social Navarra poco tenía que ofrecer, fuera de las contadas villas fundadas en el tránsito que seguían los romeros de Compostela. Entonces, como hoy, el «turismo» dista mucho de cubrir las necesidades auténticas de cualquier pueblo.

Sí, a partir de la Vardulia, gentes que eran tan eúskaras como los vascones de Navarra, crearon y dieron vida a las tres Castillas, ellas fueron las que se beneficiaron económicamente, como lo señalan sin ambages historiadores de nuestra tierra, por ejemplo, Julio Caro Baroja y Andrés de Mañaricúa. La fundación de las villas costeras, con el subsiguiente desarrollo pesquero, marítimo y comercial, la multiplicación de astilleros, ferrerías, fábricas de armas, plazas destacadamente comerciales como Bilbao y San Sebastián, sin descontar los privilegios que tenían en la Corte personajes vascos que actuaban como secretarios reales y otros importantes cargos, no sólo en la península sino también en tierras americanas: todo ello pudo darse en la órbita castellana.

Narbaitz no hace labor de apologista, aunque en modo alguno disimule su gran apego a la tierra de sus mayores. Canta el paisaje y enaltece las figuras señeras del solar navarro. Las últimas páginas de su libro, *Suite sans suite*, no pueden ser leídas sin que el sentimiento más hondo embargue el ánimo del lector. Pero de todos es sabido que nunca hasta el presente los sentimientos nobles han prevalecido en la conducta de los pueblos. La grandeza de alma de un Schiller, un Beethoven o un Goethe, en nada marcaron el destino de Alemania ni de Europa. No sabemos si el *Fatum*, a través de ciertas mentes demenciales, se impone implacablemente en cada generación. Pero decir dónde comienza o concluye la acción del *Logos*, para dejar paso al *Demiurgo*, eso nadie lo ha podido ni puede saber. Es el gran misterio de la vida ante el cual el ensueño vale más que la realidad. «Le rêve vaut plus que les faits bruts de l'histoire et la vie»⁵.

Maurice Ravel

Cuando en San Sebastián se conmemoró el centenario del nacimiento de Maurice Ravel, el 6 de mayo de 1976, en el estrado presidencial se hallaban el maestro don Javier Bello-Portu, don Nicolás Lasarte, Mr. Mollat du Jourdin y el canónigo don Pierre Narbaitz. Como organizador del festival, el maestro tolosarra no se excedió en sus pa-

labras, sino que expuso sucintamente los motivos del homenaje al genial compositor labortano.

A su vez, Mr. Mollat, como representante cultural de la Asociación Nacional Francesa en pro de las Conmemoraciones, se extendió sobre la obra raveliana comentando ciertas peculiaridades de sus composiciones, y ya, cuando llegó el turno del Sr. Narbaitz, recurriendo a las tres lenguas en momentos muy oportunos, perfiló la personalidad de Ravel en el aspecto de su ascendencia vasca, por parte de su madre, *Mayi txiki*, que es como era conocida de joven en su localidad de Ziburu.

El matrimonio de Mayi en tierras castellanas con un ingeniero suizo empleado en la construcción del primer ferrocarril español, Madrid-Aranjuez, no pudo ser más casual. Y es que, inopinadamente, en sustitución de una amiga de San Juan de Luz que debía acompañar a una modista renombrada de París a la capital española, fue Mayi la indicada. Este viaje resultó decisivo para ella y no volvió a Ziburu sino para el nacimiento de Maurice, junto al Cantábrico, en una hermosa casa que se destaca hoy en la avenida que lleva el nombre de Ravel.

La estatura del futuro compositor resultó también menuda, como la de su madre, y los rasgos de su semblante son marcadamente euskaldun, como puede comprobarse en cualquiera de sus fotografías y sobre todo en el busto que hizo de él Ignacio Zuloaga y fue expuesto en San Sebastián a la entrada de la Sala de Cultura de la Caja de Ahorros Municipal.

Lo que ignoraba el público donostiarra cuando oía la lección de Narbaitz es que el buen canónigo acabara de terminar su libro sobre la personalidad del músico ziburutarra. Es una obra que tiene un interés muy peculiar para cualquier melómano de nuestra tierra. Además de procurarnos una biografía bien condensada del compositor y el detalle de todas sus obras, con las correspondientes anotaciones críticas de los más destacados musicólogos franceses, se place el autor del libro en poner de relieve el gran apego de Ravel, no sólo por el paisaje, sino también por las personas, la lengua y ciertas manifestaciones culturales de su tierra euskaldun.

Desde luego, para una mente como la de Ravel, capaz de crear obras maestras en un lenguaje sin fronteras, cual es la música, reducir sus sentimientos a una porción muy limitada de nuestro planeta resultaría inconcebible. Así vemos que si se place en armonizar melodías hebraicas, escribe a continuación obras maestras de tinte español, sobradamente conocidas, y también una *Tzigane* endiablada o una *Sheherezade* evocadora de cierto mundillo árabe. Ya con *Daphnis* y

Chloé nos sitúa en pleno ambiente helénico; obra maestra coreográfica, con esa Bacanal final que arrastra en su ímpetu como una fuerza eléctrica dispuesta al desenlace final con el estallido del rayo. Cuando uno oye una composición de esa envergadura, suele comentar Narbaitz, cabe preguntarse cómo es posible, no sólo concebir, sino sobre todo llevar al papel pautado tanta condensación musical, con una orquestación tan exuberante que el oyente, de todas todas, queda pasmado.

La producción artística de Ravel no puede ser más variada y cuanto cabe conocer sobre sus temas y motivos de inspiración se halla perfectamente perfilado en la obra de Narbaitz.

Como es lógico, nuestro excelente amigo se pregunta cómo, sintiéndose tan vasco, pues el compositor gozaba en Donibane Lohizun como un niño grande, no dejó escrita una obra inspirada en algún tema vasco. Fue el mismo Ravel quien dio la respuesta al afirmar que la brevedad esquemática de nuestras melodías, hace que haya que respetarlas cuales son o bien tratarlas como supo hacerlo el P. Donosti, con una dosis de poesía inspirada en el paisaje sin par del valle del Baztán.

Destaca Narbaitz la amistad que unía a Ravel con el P. Donosti. Fue más de una vez a Lecaroz y no cabe duda de que en el hermoso piano de cola del religioso, dejó deslizar sus dedos en alguna breve improvisación. Durante la estancia del P. Donosti en París tuvo también la oportunidad de conocer y tratar a Ravel y puede decirse que en el último Cuaderno de los «Preludios Vascos» se percibe cierta influencia raveliana, en particular en el *Paisaje de Zuberoa* y el *Molino de Errotazuri*.

También pone de relieve Narbaitz la noble amistad de Ravel con Ricardo Viñes, gran virtuoso español: «A uno y a otro una gran ilusión les unía. Extrañas sonoridades vuelan en el aire y hay que saberlas fijar y luego proclamar. En todo caso, no pueden diluirse. Una nueva era clásica va dibujándose con el encanto de Fauré y de Massenet, pero con el rigor de una ascesis que en modo alguno va en contra del embrujo musical».

Insiste una vez y otra Narbaitz en el carácter clásico de la música impresionista de Ravel. Podría parecer un contrasentido esa afirmación, toda vez que el clasicismo de un Mozart o el romanticismo de Chopin se ven ampliamente superados técnicamente por la escuela impresionista. Pero es preciso haber oído o ejecutado más de una vez sus obras, para darse cuenta de que, efectivamente, nos hallamos ante un nuevo clasicismo. El rigor de la escritura raveliana, con todo su

refinamiento, los temas tratados con una precisión que no admite ninguna concesión al énfasis, la capacidad evocadora de ciertas piezas muy breves e, incluso, el brillo de sus grandes obras pianísticas, hace que siempre nos hallemos ante un creador que sabe contenerse, sin buscar efectismos huecos ni recurrir a formas de fácil deslumbramiento.

En composiciones como la *Sonatina*, la *Pavane pour une Infante Défunte*, *Ma mère L'Oye*, con ese final que en dos páginas evoca todo un *Jardin féérique*, nos hallamos ante exquisiteces consagradas por el *Tombeau de Couperin*. El aparente homenaje a Couperin, con el empleo de la palabra *Tombeau*, no implica una música fúnebre, sino que cada una de las seis piezas que componen la obra va dedicada a sendos amigos del compositor que murieron en la primera guerra europea: «Ravel estimaba que la muerte de sus mejores camaradas era por sí misma algo sobradamente triste para tener que añadirle una nueva carga de tristeza. De ahí, en las composiciones, una atmósfera grácil y alerta, como queriendo destacar el amor a la vida que poseían las jóvenes víctimas. Una de las piezas, el *Rigaudon*, recuerda a dos hermanos, Pierre y Pascal Gaudin, de San Juan de Luz, amigos de infancia de Maurice y en cuya casa se le recibía "comme le plus jeune enfant de la famille"».

De esa obra admirable puede decirse, con Vuillermoz, que nos encontramos ante «el más sabroso arcaísmo compaginado con el modernismo más atrevido. Desde el *Preludio* que se desliza como una filigrana, hasta la *Toccata final*, que es como un brote de gloria, la *Fuga*, la *Forlane*, el *Rigaudon* y el *Minuet*, expresan matices, a veces melancólicos, otras veces de "grêle badinage", siempre con una sonoridad muy destacada».

Una de las obras de Ravel que, como a todo buen melómano, atrae preferentemente la atención de Narbaitz, es el *Concierto para piano y orquesta en sol mayor*. Es una composición mágica por los múltiples matices que implica y que van descubriéndose paulatinamente a medida que se va oyendo una y otra vez esa obra sin par. Algunos críticos han querido ver, en la primera parte, ciertos temas de inspiración vasca, sucedáneos del proyectado *Zazpiak bat* que, en un momento, alimentó Ravel como una rapsodia para piano solo. No admite Narbaitz ese punto de vista pero, en la variedad rítmica que interviene en esa primera parte, cabe discernir una evocación del ritmo agudo, vivo y preciso de los más diversos bailes vascos. «Y ello fue suficiente; después de lo cual, el soberano mago y no el imitador barato, se ha entregado literalmente a *inventar* ritmos, melodías y

mixturas orquestales, con la magnífica libertad de un vasco y la rigurosa precisión de un orfebre».

En cuanto al *Adagio* de la segunda parte de la obra, no llega Narbaitz a decir, como Pablo Sorozabal, que es lo más indicado para oírlo en el momento de tener que hacer la muerte más placentera. Pero reconoce que «el lied admirable, sereno, ampliamente efusivo que a su vez la orquesta recoge, acompañada pianísimo por triples corcheas que suben y bajan en el teclado como una llovizna templada e insinuante, produce la más delicada impresión de suavidad y dulzura».

Según Philippe Entremont, Ravel escribió esa pieza maestra «dolorosamente», acaso acuciado por los primeros síntomas de su penosa y larga enfermedad. En todo caso, consiguió brindar a toda la especie humana, una página de belleza extraordinaria, capaz de despertar en el alma humana momentos de la más honda felicidad.

El tercer capítulo del libro de Narbaitz va dedicado a «Ravel basque», con una serie de noticias muy sabrosas acerca de su ascendencia vasca por el lado materno, sus frecuentes estancias en la Costa Vasca, sus excursiones por las distintas regiones de nuestro país, el placer de pertenecer a una tierra muy bella y poder decir, más de una vez, «je suis basque», así como el de expresar en sus cartas a sus amigos *donibandar* frases cariñosas en euskera.

Si en la playa de San Juan de Luz se distinguía como un nadador consumado, el deambular por las calles de la encantadora villa le satisfacía plenamente, así como al asistir a los partidos de pelota. El gran León Dongaitz recuerda el trato amable y a la vez distinguido que recibían los pelotaris, aceptando más de una vez el verse fotografiado con algún grupo de ellos.

Entre los buenos y constantes amigos de Maurice Ravel, se hallaba Ramiro Arrúe, el eximio pintor vizcaíno afincado en Donibane, con una capacidad extraordinaria para percibir y expresar en sus lienzos los mil matices del paisaje labortano. Dos muestras perfectas de impresionismo artístico en Arrúe y Ravel, y la posibilidad de que congeniaran en la manera minuciosa e íntima de «ver las cosas».

La diversidad de actos públicos que tuvieron lugar en toda la Côte Basque para conmemorar el centenario del nacimiento de Ravel, van reseñados debidamente en el libro de Narbaitz. Dice que la palma le correspondió a San Sebastián que se anticipó al 7 de mayo para la celebración, gracias a los caballeros dirigentes de la Caja de Ahorros



Maurice Ravel, con su perfil de trazos muy euskeldunes,
interpretando una de sus piezas para piano.

Municipal, don Nicolás Lasarte y don Juan Antonio Garmendia y a la intervención muy directa del maestro don Javier Bello-Portu.

En las demás capitales de las provincias vascas, e incluso en villas como Oyarzun y Rentería, se rindió homenaje al recuerdo de nuestro genial músico. En Pamplona puede decirse que se excedieron, «avec l'hommage le plus éclatant, voire le plus étonnant de ce Centenaire», gracias al celo y a la dirección de J. Bello-Portu, «authentique et merveilleux 'apôtre' de la musique ravélienne».

Allende el Bidasoa, el mes de septiembre de 1975 fue dedicado a diversos actos en honor del ilustre hijo de Ziburu. Las celebraciones tuvieron lugar en localidades distintas: San Juan de Luz, Anglet, Sara, Arcangues, Ziburu, Hendaya, Biarritz y, como colofón, el 27 de septiembre, en la Catedral de Bayona, un magno concierto con intervención de la orquesta de Toulouse y el Coro Lejona de Bilbao.

El libro estupendo que Narbaitz ha dedicado a Ravel ha prestado el mayor servicio a la causa, no sólo de la personalidad de Maurice, sino también del genio musical del pueblo vasco, como J. de Arozamena supo hacerlo con sus dos obras magnas dedicadas a las figuras también geniales de Jesús Guridi y José María Usandizaga⁶.

Orria

Si la obra dedicada a Ravel por Narbaitz fue de «circunstancia», pero debidamente anticipada para proporcionarnos, en el momento oportuno, un trabajo de gran estilo, lo mismo cabe decir de su último estudio, *Orria ou la Bataille de Roncevaux*, ateniéndose a la proximidad del XII centenario del encuentro tan cruel de los vascones contra las huestes de Carlomagno, en un atardecer del 15 de agosto de 778.

Llama ya la atención el topónimo de *Orria* en el título del libro. Pero quien se permite utilizarlo nos advierte, con auténtico conocimiento de causa, que «no solamente los habitantes de Roncesvalles, sino también los pastores y cazadores de la región, al igual que la población "vascófona" del país (en particular de Valcarlos, Arnegui, Garazi, el Quinto Real, los valles de Alduides y Baigorri) pronuncian espontáneamente *Orria*; y ya, como testimonio final, en sus exclamaciones más directas, al tener que expresar alguna sorpresa, la subrayan con marcada aprobación: Orriako Ama Birjiña!».

El término de *Orria* vendría a ser una contracción de *Elorriaga*,

cuyo significado es «espinal», lo cual podría ser confirmado por la proximidad del poblado que lleva ese nombre, de Espinal, así como el francés de Concevaux, «lugar de abundantes espinos». Por otra parte bien sabido es que la Virgen del Espino no es privativa de las zonas vascónicas, en la devoción popular de las gentes.

En el marco de la bella iglesia de la Colegiata, obra de Sancho el Fuerte, inspirada en el estilo de las iglesias de l'Île de France de los años 1170-1180, se destaca, con una gracia sin igual, la imagen de la Virgen, sonriente, maternal, teniendo en su brazo izquierdo al niño junto a su regazo con una expresión de una dulzura exquisita. Santa Patrona de los habitantes de la Sexta Merindad, para ellos la festividad de *Orriako Ama Birjina*, es el momento de la máxima congregación de fieles en las laderas de Ibañeta.

¡Cuántos peregrinos de toda Europa se habrán extasiado ante la sonrisa luminosa que dimana del semblante de Nuestra Señora de Orreaga! Desde el siglo XI en que comenzaron las primeras peregrinaciones a la Ciudad santa de Compostela, los caminantes buscaban cobijo en el hospital o parador, sea que llegaran por la antigua vía romana Burdeos-Astorga, sea por el puerto de Valcarlos, sendero estrecho cuajado de atajos, antes de que en el siglo pasado fuese convertido en carretera apta para la circulación de carruajes.

Primitivamente, tanto el hospital, como una simple capilla conocida por *Capella Caroli Magni* o también *Capella Rolandi*, se hallaban en el mismo puerto de Ibañeta —*in Summo Portu*—. De las viejas ruinas de esos edificios medievales, nada queda sino una capilla moderna, sin más finalidad que mantener vivo el recuerdo de las primeras edificaciones e instituciones hospitalarias fundadas por el Rey Sancho de Peñalén (1054-1076), dependientes de la Abadía de Leyre.

El priorato actual, emplazado en lugares más adecuados y regido por canónigos de San Agustín, fue obra de Sancho el Fuerte, después de la victoria de las Navas de Tolosa. Su cuerpo descansa en un amplio aposento en cuyo centro se encuentra su sepultura superpuesta por su efigie que corresponde a su gran corpulencia.

De los más antiguos monumentos actualmente existentes en Roncesvalles, el que mejor evoca el pasado es la Capilla del Espíritu Santo, hoy en reconstrucción, anulando el carácter de osario que llegó a adquirir y poniendo nuevamente al descubierto las pinturas murales que ornamentaban la galería superior que constituía un pequeño claustro.

Después de suministrar datos precisos y adecuados acerca del origen y desarrollo de las instituciones hospitalarias de Roncesvalles, Narbaitz destaca el valor poético de *La Chanson de Roland*: «El que tal poema épico haya adquirido mayor prestigio que los *Annales Caroligiennes* constituye un hecho irrecusable en nada deleznable. Bien considerado, ello honra al espíritu humano, el cual no necesita tanto saber, como soñar; no sólo registrar, pero también crear... Sin *la Chanson de Roland*, Carlomagno hubiera pertenecido al cortejo de los héroes más o menos olvidados por la Historia... Por otra parte, resulta imposible hablar de Carlomagno sin referirse a Rolando, y ello gracias a la inspiración de un monje, Turolde, que, del ámbito de la Historia, lo trasladó al de la Leyenda».

Ya cuando Narbaitz se ciñe a los hechos escuetamente históricos, fundándose en los más destacados autores que los han estudiado, con el desinterés requerido, sin dejar de recurrir a ciertas fuentes musulmanas, establece el hecho de que la presencia del gran ejército de Carlomagno en tierras navarras y aragonesas, en nada obedecía a propósitos de cruzada, sino simplemente de conquista. Repetidas veces los francos rebasaron las cumbres pirenaicas para pretender extender su poderío en tierras peninsulares. Si no lo consiguieron, fue debido a la oposición resuelta que hallaron en las poblaciones autóctonas, fuesen moros, mozárabes o vascos. Tampoco lo consiguió Carlomagno, a pesar de que su expedición revestía mayores probabilidades de éxito, debido a la traición de los validos de Barcelona y Zaragoza, quienes en su afán de emanciparse de Abd-al-Rahman, el Califa de Córdoba, le instaron a que viniera a Zaragoza para hacerle entrega de la plaza y otros poblados de menor importancia.

No se trata de una celada, sino de una invitación apremiante a la cual obedeció el emperador con un gran ejército integrado por huestes de las más diversas procedencias: de Burgundia, Austria, Baviera, Provenza, Lombardía y Septimania.

Nos hallamos en el año 777 cuando una delegación musulmana, venida de España, constituida por Ibn-al-Arabi, su hijo Ajurefi y su yerno, llegan a Paderborn, residencia del emperador, después de haber pacificado a los sajones. Las proposiciones que presenta la embajada árabe son nada menos que el facilitar a Carlomagno la conquista de Zaragoza, previo asedio de la ciudadela de Pamplona. Según Narbaitz, algunos autores han confundido las dos estancias de los franceses en Iruñe: a la ida y a la vuelta. La realidad es que en su marcha hacia la ciudad del Ebro, principal objetivo de su expedición, Carlomagno

quiso hacer ciertas demostraciones de fuerza para impresionar a los navarros, lo cual ya indispuso a éstos.

Lo más grave del caso fue que, cuando las huestes carolingias llegaron a los proximidades de Zaragoza, se encontraron con que Abd-al-Rahman, conocedor de la traición que habían fraguado ciertos jefes musulmanes, envió, para defender la plaza, a varios personajes de su plena confianza. Uno de ellos, Thalaba ibn Obeid, cayó prisionero en poder de los francos, mas no por ello las puertas de Zaragoza quedaron abiertas, ya que un tal Husain, adicto al califa de Córdoba, opuso la más tenaz resistencia.

Narbaitz entra en todos los detalles acerca de la complicadísima situación que surgió entre los jefes musulmanes, debido a rivalidades encarnizadas de mando. El resultado fue que Zaragoza se libró del dominio de los francos, los cuales, después de haber desmantelado los muros, se llevaron consigo a unos cuantos rehenes.

Luego, a su regreso, al tener que pasar por Pamplona, se dedicaron sañudamente a destruir las fortificaciones de la ciudad, sin duda en previsión de alguna futura expedición. Ese cálculo, mal fraguado, fue la causa de su desastre en Roncesvalles.

Los motivos por los cuales Carlomagno mandó arrasar los muros de Iruñe, son muy discutidos por los historiadores. ¿Siendo como era Pamplona una ciudad cristiana, cómo pudo Carlomagno adoptar una actitud semejante a la que hizo alarde ante Zaragoza?

La tesis de Narbaitz es que en la expedición de Carlomagno el apoderarse de Zaragoza no excluía la misma suerte a Pamplona: «su viaje a Zaragoza le permitía creer que tanto los navarros y los sarracenos podían caer en las mismas redes. Tanto más cuanto que a lo largo del siglo IX se dieron más de una alianza entre vascones de la montaña y de la llanura con los musulmanes del Ebro (los *Banu Casi*). En todo caso, la destrucción de Pamplona movió a los navarros a adoptar posiciones de enfrentamiento ante el poderío carolingio y a sentar las bases del Estado independiente del Reino de Pamplona».

«El desastre de 778 puede explicarse por esos contactos o alianzas entre navarros y musulmanes, frente a una expedición que, en definitiva, promovió un mayor acercamiento navarro-musulmán. Pocos historiadores han reconocido la importancia que tuvo la destrucción de Pamplona, la cual se halla en el origen decisivo de acontecimientos trascendentales».

Narbaitz distingue, de una parte, la liberación de Sulaimán Ibn-

-al-Arabi, el negociador de Paderborn, a quien los francos le llevaban como rehén, liberación efectuada por fuerzas musulmanas dirigidas por Matruh y Aichun, los dos hijos de Sulaimán, y, de otra parte, la intervención resuelta de los vascones en las alturas de Roncesvalles: «Si la leyenda habla de una pretendida fusión basco-musulmana en Roncesvalles, ello ha podido surgir de una confusión de dos acontecimientos de importancia muy desigual. Una cosa fue la liberación de Sulaimán, el cual hubo de ser inmediatamente asesinado por su rival Al-Husain, y otra muy distinta la batalla del Puerto de Cize».

Narbaitz discute y rechaza la opinión de ciertos autores que, además de reducir la batalla de Roncesvalles a un mero acto de pillaje por bandas aguerridas de salteadores pirenaicos, buscaron en la presencia de los árabes la colaboración necesaria para quedarse con el botín de la retaguardia del ejército carolingio. Entre esos autores se halla Julien Vinson, para quien todo se redujo a un acto de latrocinio bien organizado para adueñarse de los bagages del ejército franco, dando muerte a Rolando, prefecto de las marcas de Bretaña.

Ni intervención alguna de los sarracenos, ni simple acto de bandidaje, sino *una embestida en toda regla* de los vascones, en cuanto guerrilleros adiestrados para desvanecerse rápidamente después de haber dado el golpe en el instante más oportuno: he aquí lo más adecuado para comprender el drama de la batalla de Roncesvalles.

En cuanto al lugar más o menos exacto en que se dio la famosa batalla, es lógico que haya discrepancias. La *Chanson de Roland* la sitúa en la llanura de Burguete. Para Campión, el topónimo de Val (de) Carlos revela el teatro de las operaciones y éstas deberían encajar en el apelativo de la *Batalla de Luzaide*. La Tesis de J. Bédier parece ser más acertada cuando dice que el repliegue del ejército franco se efectuaba por la antigua *via romana*, de Pamplona a Dax por el puerto de Bentarte, conocido por Port de Cize. Subiendo de Roncesvalles a Ibañeta, se sigue el flanco o ladera de Astobizcar y se alcanza el puerto de Bentarte (1.222 m.), desde donde se baja hacia Saint-Jean-Pied-de-Port.

Gastón Paris admite también que la batalla tuvo lugar en las alturas que dominan Ibañeta, en la vía antigua donde se destacan las crestas con sus desfiladeros, constituyendo la *Vallis subjecta*, a donde fueron arrojados los vencidos.

A las desventajas que implicaban para el ejército franco el tener que alcanzar la cumbre de Bentarte, poblada de enormes hayedos, y el tener que seguir un camino muy estrecho, se añadía la vestimenta

de cuero cosida con placas de metal, denominada *brogne*, que caracterizaba al combatiente franco. Por otra parte, el transporte de los bagages en la retaguardia dificultaba enormemente el acceso a los desfiladeros.

En cambio, sus adversarios, sin casco ni coraza, la saya corta y sus ligeras abarcas les permitían una movilidad total, no sólo para el ataque, sino también para evitar el contraataque, desapareciendo como por ensalmo en medio de los bosques a la caída de la noche. Montaraces por raza e instinto, la agilidad de movimientos favoreció el desenlace de un combate que no debió durar largo tiempo, pues lo propio de la guerrilla es actuar por sorpresa.

El último capítulo de *Orria* va dedicado al aspecto legendario que adquirió el recuerdo de la gesta de Roncesvalles, desde la *Chanson de Roland*, hasta la *Balada* de Arturo Campión, sin olvidar a *Bernardo de Carpio*, el presunto vencedor de Carlomagno, ni el *Canto de Altabiscar* «un canular du bayonnais de Monglave», lo cual no desdice «d'un certain souffle épique, une évocation historique vraiment populaire».

En la conmemoración del XII centenario de la famosa batalla, se representó la obra del Padre Jean Cazenave, de Zuberoa. Fue un momento solemne en las campas de Orria el 15 de agosto de 1978, recordando tiempos que se caracterizaban por la lucha de pueblos enfurecidos que se enfrentaban, más que por el odio ciego y preconcibido, por el mero deseo y la exigencia de tener que sobrevivir.

Por otra parte, al abate Larzabal se le debe una *Pastoral* con el título de *Orreaga*, cuyo mensaje final es el de una paz entre todos los pueblos, cristianamente entendida, en una reconciliación definitiva y total:

*Gaiten beti denekin ibil eskuz esku
Bainan gureak gure eta gauden gu*⁷.

Irauzketa

Para quien durante una larga vida de entrega a la acción pastoral e intelectual no se da por vencido física ni mentalmente, al aproximarse a los setenta años, no podía concebirse mejor refugio para continuar su obra de polígrafo, que la residencia de Irauzketa, en la villa de Luzaide.

Se trata de una hermosa mansión que corresponde a lo que en

la montaña de Navarra se entiende por casa-palacio, debido a sus numerosas y amplias dependencias y su origen nobiliario.

La realidad es que Irauzketa posee unos orígenes y un historial fuera de lo común. Su nombre prístino y auténtico es San Juan de Irauzketa y remonta a los tiempos medievales en que todavía no existían ni el priorato ni las hospederías de Roncesvalles, y los peregrinos no tenían a su alcance más que un simple hospicio y una capilla que radicaban en el mismo puerto de Ibañeta: la que los primeros romeros dedicaron a *Carolus* y dependía del Monasterio de Leyre.

San Juan de Irauzketa era el parador donde los romeros podían descansar y reponer sus fuerzas antes de emprender la marcha de veinte kilómetros hacia la cumbre de Ibañeta. Nada se opone a admitir el hecho de que Amiry Picaud residiera, en pleno siglo XII, en esa mansión y en ella aprendiera las pocas palabras euskéricas que dejó consignadas en un famoso escrito y que tan dispares interpretaciones han merecido, sobre todo la que se refiere a *Urzia*. Lo mismo cabe decir en cuanto atañe a la descripción que hizo de los vascones de su época, rebajándolos a la condición de meras bestias. Es como si hoy se tuvieran en cuenta las «estampas» de la *España negra* del escritor belga Verhaeren; tan cierto es que las cosas tienen el color del cristal con que se miran... y ese color no es otro, muchas veces, que el del alma de quien lo proyecta.

Cuando el Priorato de Roncesvalles adquirió la casa y tierra de Irauzketa, la mansión continuó desempeñando el mismo destino de albergar a quienes se dirigían hacia Santiago de Compostela y ello lo hizo durante siglos, ofreciendo un interior muy acogedor, con buenos aposentos y una hermosa cocina-comedor, donde cómodamente podían instalarse varias docenas de personas.

Ya cuando las peregrinaciones cayeron en desuso y Roncesvalles conservó escuetamente la devoción de *Orriako Ama Birjiña*, punto de concentración de sus numerosos devotos en la festividad del 8 de septiembre de cada año, Irauzketa perdió su significado de albergue, tanto más cuanto que el edificio quedó casi totalmente destruido durante las guerras napoleónicas.

Pero la fortuna quiso que un buen señor del solar navarro, don Beltrán de Echepare Echeberría, comprara la finca, casa y tierras, a los canónigos de la Colegiata. Previa reconstrucción en toda regla y el buen acondicionamiento de la vivienda, ésta renació como una mansión de gran estilo, perteneciente en la actualidad a doña Claudine

Narbaitz, hermana del canónigo, prototipo de la *etxeoandre*, con toda la gentileza de quien sabe hacer sumamente grata la estancia de sus huéspedes, confirmando ampliamente el adagio euskérico: *emen sartzen dena, bere etxean dago*.

En ese ambiente privilegiado, se dedica al estudio el canónigo Narbaitz, en un hermoso aposento con dos ventanales que dominan los caseríos de Ondarrola y las altas cumbres, una de las cuales, la de Urkulu, conserva las ruinas del monumento erigido para conmemorar la victoria de Pompeyo contra Sertorio. Se trata de zonas más bien pasotriles, ya que en todas las vertientes de los montes se destacan innumerables rebaños de ovejas que proporcionan la leche necesaria para la fabricación de los excelentes quesos cuya degustación ha desaparecido de las ciudades por las falsificaciones a que están sometidos.

Una excelente «piperrade», un buen asado de cordero, queso del país y el «gateau basque», pueden ser saboreados por un precio módico. Ya, si se pide vino de Irulegui, la cuenta subirá bastante, pues no es raro que el vino de marca cueste tanto como el menú.

En todo caso, el aliciente principal de esas zonas de la Baja Navarra, es la soltura con la que las gentes barajan las tres lenguas. Uno se halla inmerso en un ambiente trilingüe, que dominan las gentes por igual. De ahí que al canónigo Narbaitz le sea posible actuar como conferenciante lo mismo en Bayona que en Pamplona, San Sebastián o Donibane Garazi, sobre temas de gran actualidad. Sus escritos revelan, en su documentación, esa calidad políglota, con un fondo humanístico que evoca una idiosincrasia semejante a la de Axular quien, como es bien sabido, siendo navarro de nacimiento, hizo sus estudios en centros castellanos y desempeñó luego su ministerio en tierras de Laburdi, proporcionando a la literatura vasca una obra inmortal.

Narbaitz, como profesor de liturgia y canto en el Seminario de Bayona, cultivó la música sacra, la de nuestro folklore y la de los grandes compositores, sin excluir, claro es, la de Ravel. Después del Concilio Vaticano II, obedeciendo al deseo de proporcionar una misa euskérica a sus coterráneos, escribió y publicó la que mejor convenía a esas poblaciones rurales que toman parte tan activa, sobre todo los hombres, desde esas galerías de hermosa madera de haya que se destacan en los templos parroquiales del País Vasco continental. El estilo musical de la misa compuesta por Narbaitz tiene todo el encanto de una religiosidad campestre y pastoril. Debe ser oída en su ambiente propio, donde todo «reluce», no sólo en un paisaje de una

belleza incomparable, sino también en las viviendas y en las iglesias cuidadas con un esmero muy especial.

A Narbaitz se le debe también un canto a María, de gran efecto vocal, consagrado por nuestro pueblo para las grandes festividades. Asimismo, las últimas páginas de su libro *Orria* llevan impresas las fiases del *Canto de Astobizcar*, con una música muy apta para dar realce al carácter épico del poema de Monglave-Duhalde.

Ahora proyecta una obra dedicada a ciertas figuras señeras de nuestro país, sin olvidar las de don Pedro de Navarra, antiguo Prior de Roncesvalles que desempeñó un papel de gran importancia en el Concilio de Trento y luego en el cargo de arzobispo de Valencia, con la ejemplaridad de quien le precedió, San Julián de Villanueva. Tampoco puede faltar en esa galería de personajes ilustres, la nobilísima figura de don Martín de Azpilkoeta, de quien Marañón dijo que, si de él dependiera, colocaría una reproducción de su efigie en cada una de las Universidades españolas.

El proyecto de Narbaitz orientado en ese sentido humanístico, se halla expresado en este verso de nuestro admirado *Iratzeder*:

*Iudarkeriak ezarri mugak krakatzen orduko,
Euskal gogoa noiz da jauziren arranoaren pareko?
Azpilkueta bezein kartsuko eta jakintza gaitzeko,
Gizon libroak noiz ote dire Orreagatik jaliko?*

(Antes de que la violencia se derrame sin tregua,
¿Cuándo el alma vasca sabrá elevarse como saben hacerlo las águilas?
Y para alcanzar la sabiduría de un Azpilkoeta,
¿Cuándo surgirán de Orreaga hombres de tanta independencia de
[espíritu como él?)⁸

Orriako Beila

Después de haber redactado las páginas anteriores y creyendo haber concluido nuestro trabajo, una oportunidad muy imprevista nos condujo hacia Roncesvalles para participar en una función religiosa de una significación muy especial.

La festividad de la *Andra Mari* se celebra el 8 de septiembre lo mismo en Orreaga que en muchos otros centros parroquiales de nuestro país. Pero se da el caso de que las localidades que integran los valles de Garazi y Baigorri tienen a gala acudir por su cuenta a rendir tributo de veneración a la *Andra Dena Maria, Orriako Ama Birgüña*,

el 13 de septiembre. No lo hacen en plan de romería en que lo profano a veces prevalece sobre lo religioso, sino con una significación espiritual expresada exclusivamente en su euskera peculiar, dando a entender que todavía queda algo del *eskualdun fededun*.

Ya para las 10 de la mañana los fieles llenan las naves del templo, venidos en autobuses o coches particulares de los pueblos de Luzaide, Arnegui, Urepel, Alduides, Donibane, Banka, Baigorri y tantos más.

Los párrocos de las distintas localidades, con sus amplias albas y pulcras estolas, se colocan alrededor del altar mayor, en los sitios del presbiterio, mientras que dos de ellos, alternando ante el público, van recitando las preces que corresponden al rito penitencial colectivo, una de las acertadas innovaciones del Concilio Vaticano II.

Las oraciones se ven interrumpidas por cantos sumamente expresivos, ejecutados por el pueblo con tanta afinación que parece que es una sola voz quien canta ajustándose perfectamente al ritmo de cada una de las obras interpretadas.

El contenido de las plegarias y de los cánticos no se pierde en huera aspiraciones místicas, sino que se reza por el advenimiento del Reino de Dios ante las injusticias y malquerencias que rebajan la condición del cristiano en su vida terrenal:

*Zato Jauna, beha dago mundua
Zorigaitzez hain da hondatua;
Zato Jauna, zabal, otoi, zerua,
Etor bedi zure erresuma.*

*Zato Jauna, nausi baita dirua,
Jendea maiz dauka lehertua,
Entzun Jauna, dobakaben oihua,
Etor bedi zure erreinua.*

*Zato Jauna, bagabiltza gauetz gau:
Ezar gutan fedearen sua;
Zato Jauna, argi zazu mundu hau
Etor bedi zure erreinua.*

*Zato Jauna, maitasun pitz orotan:
Ezin dute jendek elgar jasan;
Zato Jauna, zuk bat egin mundua:
Etor bedi zure erreinua.*

En definitiva, se reza por la unidad y pacificación del mundo entero, pidiendo que la Iglesia sea *munduko biotza, guzien ama, dena grazia, dena Ispiritu*. Es lo que ha sabido expresar nuestro gran poeta Iratzeder, autor de la letra de todos esos cantos, como si quisiera dar forma litúrgica a lo que tantas veces expresara nuestro bardo Iparraguirre: paz y sólo paz en un mundo reconciliado consigo mismo; toda la especie humana hermanada en el reconocimiento de la paternidad universal de Dios:

*Guk nahi dugu Jauna baitan bizi,
Behar gaituzu, bai, pitz-arazi.
Zuk Jauna duzu guzien lokarri
Fededunak bat dauzkan izkin harri,
Denen aterbe, denen mundu berri.*

Ya con esa preparación espiritual, la Misa concelebrada alrededor del canónigo Pierre Narbaitz, por sacerdotes navarros, ya entrados en años, reviste un carácter de venerabilidad, cual un *Biltzar* espiritual presidida por la figura risueña y sonriente de la imagen de Nuestra Señora de Orreaga.

Por la tarde, después del Rosario, se cantaron tres salmos en euskera bien escogido y admirablemente versificados por Iratzeder, actual padre Abad de Belloc. Si en el primero de ellos se ensalza la gloria del Creador, en los dos siguientes se destacan las disposiciones humanas que nos hacen dignos de colaborar en la obra del Creador, en bien de nuestros semejantes:

*Hor du zuzenak zuzen-alki
Dabid semeak hor egoki,
Gosetuari harek ogi,
Gakotueri harek argi,
Itsutueri Jaunak begi,
Lebertuari dio «Yeiki!»
Jaunak zuzenak ditu maite,
Gizon makurrek traban-dute.*

Después de la entonación de esos tres salmos que anticipan y anuncian el espíritu de las «Bienaventuranzas», previa bendición eucarística, la gente se disgrega cantando con brío el himno solemne, compuesto por el canónigo Narbaitz para las peregraciones y se adapta, en esa ocasión, para ensalzar a la Virgen de Roncesvalles:

*Orriako Ama
Ama paregabea
Betikotz da zurea
Eskualdun jendea.*

En la estrofa final se pide que haya tanta paz en la tierra como gloria en el cielo y nadie se olvide de la presencia, en las alturas, de *Orriako Ama*:

*Bakea lurrean
Loria zeruan
Dugun denak ukan
Ama zurekilan.*

Esta solemnidad tan peculiar se viene celebrando desde hace 24 años consecutivos y ello por iniciativa del canónigo Narbaitz cuando desempeñaba el cargo de Vicario General de la diócesis de Bayona.

Ese lapso de tiempo de más de dos décadas consagra al acto como algo ya tradicional que, en modo alguno, puede ni debe desaparecer, pues en él lo humano, en el sentido más cristiano, y lo euskaldun, en su esencia más pura, se conjugan de un modo perfecto, en sumo grado aleccionador.

Después de la magna concentración religiosa *baxenabar*, un amigo guipuzcoano, profundamente conmovido, me decía: «Esto es el 'Gernikako Arbola' refundido y sublimado en un gran rito religioso, trasplantado a uno de los más bellos parajes pirenaicos, a fin de conseguir del Altísimo esa paz que todos ansiamos, en estos momentos aciagos para nuestra entrañable Euskalerría».

NOTAS

¹ Refiriéndose a algunas de las primeras publicaciones de P. Narbaitz, en la *Enciclopedia Ilustrada del País Vasco*, Jon Bilbao (tomo V, «Bibliografía», págs. 571-572) proporciona los siguientes datos:

NARBAITZ, Pierre («P. Arradoy»)

- *Ama birjiña Lurdekoari* (13 estrofas con música). Bayonne, 1957.
- *Dieu a sa place à ce Congrès* (des Etudes Basques). «Gure Herria», 1954. XXVI, 130-134.
- *Elizako Liburua. Meza Saindua, Bezperak, Othoitz eta Kantu Beharrenak*. Baionan (Darracq) 1948, 334 pp.
- *Elizako predikua* (Axularen egunan Saran). «Gure Herria», 1956. XXVIII, 325-329.
- *Euskal egutegia*, Bayonne (Darracq, 1950).
- *Un général basque*. Ignace de Loyola, *Bulletin du Musée Basque*, 1942-1943. XVIII-XIX, 139-144.
- *Kattalinen gogoetak*, Baionan. L.F.A.C. 1955. 106 pp. *Aita Luis Villasante frantziskotarrak Guipuzkoako euskeraz jarriak*. Arantzazu, 1958.
- *Son Excellence Mgr. Leon Albert Terrier, évêque de Bayonne, Lescar, Oloron, 1944-1957* (Bayonne. Darracq, 1957).
- *Charamela* (Bayonne. Darracq, 1951).
- *Ichtorio ederrena*, Bayonne, 1948.
- Uhart, J.; Narbaitz, P. «Solbezio». «Gure Herria», 1934.

² «Alguien ha dicho que estas meditaciones de Catalina son unos apuntes diarios... ¡Ah!, si tuviéramos muchos apuntes como éstos en el campo de nuestra literatura» (Luis Michelena. «Egan», 1956, n.º 1, pág. 57).

«El escritor Arradoy emplea un euskera popular, cálido, fogoso y de mucha vena. Por lo que se ve, este excelente escritor lleva escritas también antes muchas cosas en euskera: felizmente no se le ha enmohecido la pluma, a pesar de tener sobre sí muchos otros quehaceres. *Ageri danez, len ere amaikatxo gauza idatzia ditu euskaraz idazle bikain onek; bearrik ez zaio idaztortza erdoitu, naiz ta bere gain beste egiteko antz izan.* (J. Zaitegui, *Kattalinen gogoetak*. «Eusko gogo», 1956, pág. 112). *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco. Literatura*, tomo IV, pp. 179-182.

³ La obra *San Frantses Yatxukoa* fue publicada en 1966, por la editorial Izarra de San Sebastián. El éxito que tuvo la primera edición, pide una segunda, al igual que *Kattalinen gogoetak*, «...gure artean iñoiz agertu dan libururik ederrena, baliotsuena, maitagarriena» (palabras del escritor labortano Zerbitzari al traductor de la obra, *Padre Villasante*).

Es muy de lamentar que en lo referente a la unificación del euskera y al respeto que merece la grafía consagrada de nuestra lengua, no se haya tenido

en cuenta la opinión de nuestros mejores escritores euskéricos y que incluso personas extrañas a nuestro país, en ese terreno, hayan tenido que decir «cosas» que encajan en el sentido común. Así, dos jóvenes lingüistas americanas, Roslyn M. Franck y Linda L. Haak, en unas declaraciones hechas a Félix Ibargutxi, para el periódico *Egin* (17 de agosto de 1978, pág. 15), advertían que la unificación debe provenir de personas que conozcan bien los dialectos del pueblo...; «la lengua está en la boca de los viejos y no en ningún libro. Si se pierden los dialectos el euskera no tiene ningún futuro. El latín está muerto, por muchos libros que estén escritos en latín». (El título del artículo que corresponde a estas declaraciones es: «Desmitificar el euskera»).

⁴ Tratar de esquematizar esa obra magna que es *Le Matin Basque*, resultaría imposible en las páginas de un simple artículo. Las brevísimas indicaciones que hemos efectuado, sirven tan sólo para señalar al lector de lo muchísimo que puede alcanzar leyendo detenidamente las páginas dedicadas a *L'Histoire ancienne du Peuple Basque*.

Sin la pretensión de establecer un «panvasquismo» inadecuado, Narbaitz estudia lo que pudo abarcar la lengua éuskara en territorios aquitanos, anteriormente a las invasiones célticas y romanas. Trátase de Lafon, Luchaire, o bien de Schuchart o de Luis Michelena, ellos afirman con fundamento sólido que el aquitano era una lengua emparentada con el euskera. Lo mismo cabe decir de los poblados pastoriles de toda la cadena pirenaica, gracias a los estudios de Sacleuz, Lizop y, más recientemente, de Corominas. En cuanto a las zonas marítimas que rebasaban lo que se entiende por Cantabria, el testimonio de Strabón no puede en modo alguno ser desechado.

En cuanto a la Rioja y otras regiones de la Meseta, ciertos indicios revelan que no perdieron del todo su estirpe éuskara hasta la Edad Media. Así, en las glosas del Códice emilianense, como en el primer poema escrito en romance castellano por Gonzalo de Berceo, se vislumbra a través de Don Bildur y otros vocablos muy significativos, la realidad de un bilingüismo centrado en el conocimiento del euskera. Por otra parte, la presencia de numerosos topónimos vascos, denuncian en zonas como Numancia (*Garray*) y Calatayud (*Bilbilis*) un origen vasco o vascoide, anterior a las invasiones indoeuropeas. No cabe tan sólo hablar de una repoblación de las tres Castillas por gentes oriundas de nuestras zonas éuskaras, sino de un origen procéltico en que los aborígenes eran de estirpe vasca o vascoide. La penetración y el establecimiento de núcleos urbanos célticos en el actual país vasco, Narbaitz no los desdeña, sino que los determina con precisión, ateniéndose a los más recientes hallazgos arqueológicos.

⁵ Las seis conferencias de Julio Caro Baroja dadas en la Universidad de Deusto y publicadas en San Sebastián con el título de *Introducción a la vida social y económica del País Vasco*, señalan cómo se desarrolló la vida económica, de gran intercambio comercial, entre los puertos del litoral vasco, respaldado en el Reino de Castilla y los centros más importantes de los Países Bajos e Inglaterra. Sin la exportación de los miles de sacas de lana de los merinos esparteros, sóloamente con la venta del aceite de las ballenas, poco hubiera prosperado el ambiente marítimo vasco...

Grande fue el contraste que existía entre una agricultura paupérrima, hasta la «revolución del maíz», y el despegue económico del país que cobra creciente importancia, ya desde el siglo XV, teniendo como base: el hierro (minería, industria, exportación), la construcción de navíos, la navegación y el comercio. Ver en *Alava, Guipúzcoa y Vizcaya*, de Andrés E. de Mañaricúa, el capítulo titulado *Espíritu y Economía*, pp. 67-84. Ed. Zugaza, Durango.

Los estudios tan bien documentados que viene publicando don Ramiro Larrañaga, acerca de la industria armera y el damasquinado en localidades importantes de Guipúzcoa, son muy dignos de ser tenidos en cuenta, sobre todo por quienes ostentan cargos de responsabilidad y en sus «proclamas» emplean un lenguaje tan trivial que en nada responde a la realidad de los hechos y menos a un sentido autenticidad vascónica.

⁶ La madre de Ravel era de Ziburu, euskeldun cien por cien, y el francés que podría conocer y utilizar era de tipo «donibandarra». En cuanto al lenguaje español, casada con un suizo y habiendo residido muy poco tiempo en tierras castellanas, cabe solamente admitir que se reducía a poca cosa.

Ravel nació en el pueblo de su madre y a los pocos meses la familia se trasladó a París. De donde resulta que por su educación y todas las circunstancias que le condujeron a la vocación musical, por deseo expreso de su padre, hicieron de él un «parisien accompli».

Pero cabe tener muy presente un hecho que destaca Narbaitz, y es que una tía abuela de Maurice, Gaxuxa Bilbac, residía con sus sobrinos en la capital de Francia, y ella con Mayi hablaba exclusivamente en euskera. De ahí que: «la musique des mots et des chants basques fut la seule à envelopper le berceau de son petit neveu *Moritz*».

También conviene señalar que cuando el joven músico venía con su familia a Ziburu o a San Juan de Luz, el lenguaje que oía utilizar a su madre con sus allegados y amigas de infancia, era el euskera: *Eskuara baizik ez ginuen mintzatzen*, dirá una de ellas a Narbaitz. En los comercios sabía Ravel preguntar los precios en lengua vasca: *zenbat hori?* y si le parecía excesivo se defendía: *gaxitegi da* (es demasiado caro). En sus cartas demuestra que sabía contar en euskera hasta muy cerca de mil, ya que en una de ellas dirigida a sus amigos íntimos los Gaudin, se despide en nombre de su madre, su hermano y en el suyo propio con *zazpi ehun muchu guziheri* (setecientos besos para todos). Ahora en esta carta el cielo y el ambiente de su «pays natal» y abriga la ilusión de volver a oír la «Schola Cantorum» de la parroquia de San Juan de Luz dirigida por su gran amigo Charles Lebout, conjunto vocal que se distingue por la perfección de sus interpretaciones: «Si vous montez à Paris vous n'entendez pas mieux chanter». (Ver en la obra de Narbaitz, pp. 89-97).

⁷ En las anotaciones finales de su libro sobre la batalla de Orria, destaca Narbaitz la publicación, en la revista «Gure Herria», de un artículo breve pero enjundioso sobre la famosa contienda entre vascones y francos (G. H. n.º 427).

El autor, P. Duny-Pétré, mantiene la idea de que ya, desde la misma ciudad de Pamplona, los vascones comenzaron a hostigar a los franceses, debido a la actitud agresiva y demoledora que éstos adoptaron. Las repetidas embestidas contra las huestes carolingias hubieron de alcanzar su culminación en las alturas que rebasan el puerto de Ibañeta.

En esta perspectiva, cabría discernir dos momentos en la arremetida vascónica; una, de recia persecución a partir de los muros derruidos de Pamplona, con intervención de guerrilleros de un número crecido de valles navarros; y ya, después, el asalto final, despiadado, entre Lepoeder y Bentarte, en un atardecer trágico para la retaguardia del ejército imperial, en el cual, además de Rolando, murieron Eggihard, preboste de la mesa real, y Anselmo, conde palaciego.

Se ignora el lugar en que fue enterrado Rolando y demás personajes áulicos, víctimas del desastre. Carlomagno no pudo rescatar sus cuerpos, ya que, además de no poder volver a las andadas sin exponerse a mayores calamidades, le apre-

miaba el retorno a Alemania para poner coto a una rebelión de los sajones recién sojuzgados y convertidos a la fuerza.

El recuerdo de Rolando en el folklore vasco hace figura de un gigante capaz de transportar los mayores peñascos de nuestros montes y lanzar al mar huestes completas de moros invasores... Nunca aparece como un enemigo declarado de los vascones, ni siquiera cuando utiliza su mágica espada, Durandal, para abrir brechas, como la de Itsasu... (ver los «Apéndices», pp. 181-233, en *Orria*, cuyos datos no tienen desperdicio).

⁸ El poblado de Ondarrola, situado en territorio francés en cuanto barrio que es de Arnegui, depende, en lo eclesiástico, de Valcarlos; o sea, que los bautizos, casamientos y entierros se verifican en la iglesia parroquial de Luzaide. Asimismo, el abastecimiento de las gentes se hace en los comercios de esta última localidad, pues apenas un puente de madera sobre un riachuelo establece la separación fronteriza.

Entre las cumbres que se divisan desde la sala de trabajo del canónigo Narbaitz, se destaca la de Urkulu, que alcanza los mil metros de altura y en cuya cima más rocosa se perpetúa el monumento erigido por Pompeyo después de haber sometido, en su lucha contra Sertorio, las ciudades de Anxuma, Clunia y Calagurria. Sabido es el desenlace atroz de la resistencia de Calahorra: el haberse visto abocados sus habitantes al canibalismo, antes de ser sometidos y arrasada la ciudad por Afranio el año 72 a. de J.C.

El monumento de Urkulu es circular, fabricado sobre rocas con unas piedras enormes que han desafiado un lapso de tiempo de más de dos mil años. En la localidad mediterránea de La Turbie, sobre un altura que domina a Monte Carlo, existe también un monumento que perpetúa la victoria de las legiones romanas sobre todo el territorio de los Ligures.

Hoy, en las poblaciones que bordean tanto el Mare Ligure como el Mar Cantábrico, el recuerdo de las aventuras cruentas del Imperio Romano se desvanecieron para siempre, aunque otras, de fecha mucho más reciente, las alcanzaron y dañaron hace pocas décadas, bajo el signo de los destrozos de la guerra total.

De nuestros mejores poetas y escritores euskéricos no podrá decirse que fueron, en lo más mínimo, apologistas de ninguna lucha cruenta, sino profetas de la paz y armonía del pueblo vasco, como lo soñara en sus cantos nuestro gran Iparraguirre y lo enseña nuestro maestro incomparable Axular, en su *Gero*, donde dedica más de una docena de capítulos al amor incondicional, ese amor cristiano capaz de darlo todo sin exigir nada de nadie, como lo hizo Cristo con todos los hombres y una madre también sabe hacerlo por sus hijos, todos los días e instantes de su vida.

La actuación de Narbaitz, en su doble vertiente pastoral e intelectual, se inserta plenamente en la de nuestros mejores maestros, para los cuales lo humano, en el sentido cristiano de la palabra, adquiere un valor primordial. Si como escritor euskérico mereció verse incluido entre los miembros de la Real Academia Vasca, por la variedad y valía de sus escritos, ahora ha recibido el título de socio supernumerario de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. La caballerosidad de nuestro ilustre amigo *baxe-navarro* merecía esa distinción, y los que en Luzaide nos vimos asociados a ese homenaje, teníamos la plena satisfacción de que se hacía con el ilustre hijo de Azcarat, señor de Irauzketa, un acto de muy noble justicia.